LA HERRERA

Por JOSE MARIA DONOSTY

De entre los topónimos o nombres de lugar donostiarras nacidos de la naturaleza o índole del terreno a que se refieren, el de La Herrera es uno de ellos. La Herrera, el extremo oriental de nuestra municipal jurisdicción, hace "pendant" con el Antiguo en el extremo opuesto. Uno y otro constituyen como especie de hitos itinerarios de la trayectoria donostiarra. Son por uno y otro extremos de la principal de nuestras vías de comunicación y transporte, como los puntos por los que el viajero entra o sale, según la dirección que lleve, en o de la zona genuinamente donostiarra, la que con el tiempo había de ser su núcleo estrictamente urbano, en contraposición con su zona rural.

Verdad es que, en rigor, lo de la toponimia de La Herrera es cosa un tanto arbitraria, puesto que más que la naturaleza o índole del terreno, La Herrera deriva su nombre de una circunstancia del lugar. ¿Y por qué La Herrera, nombre femenino de un oficio masculino por excelencia? ¿Es de creer que alude a una ferrería, cuya existencia desconocemos a ciencia cierta, por más que nos la supongamos, o a una determinada fémina más o menos famosa hija o esposa de un ferrón del lugar?

Más aún que el Antiguo, con su perspectiva de las marismas de los juncales característicos de aquellos "ingurus" o aleñaños, La Herrera se caracteriza ya no por su marisma, sino por su marina. El puerto de Pasajes, en efecto, no era en los antiguos tiempos lo estricto, limitado, acotado y encerrado que es hoy, sobre todo por su lado meridional. Las aguas del puerto se extendían por la marisma de Molinao y llegaban por el oeste hasta el pie de la actual finca de Bidebieta. Como es natural, dichas aguas abarcaban toda la zona baja de la depresión pasaitarra, y digo bien que "abarcaban", porque era en barca, y no a lo largo o al borde de la tierra firme, por donde había de transitarse para llegar desde la villa o ciudad de San Sebastián a la opuesta villa de Lezo.

La Herrera, en efecto, era el punto estratégico en que el camino llamado de San Sebastián a Fuenterrabía se ahogaba, lugar donde abandonando los medios de transporte terrestres, había que tomar los medios de transporte fluviales o marítimos, —marítimos, por mejor decir, pues las aguas del puerto de Pasajes son hijas del mar, por muy "Oarso ibai" que el río que desemboca en él sea.

Es muy probable que las famosas bateleras de Pasajes tuvieran su nacimiento aquí, en el punto de La Herrera, precisamente, y no en el puerto mismo, que es donde las dos o tres últimas generaciones las conocimos. Ellas serían las garridas amazonas que transportaban a los viajeros de antaño que iban desde San Sebastián a Francia o a Fuenterrabía, toda vez que hasta mediados del siglo XIX nuestra ciudad careció de camino real —de aquel camino real que iba de Madrid a París a través de Behobia, que ha sido siempre, hasta tiempos relativamente modernos, el antiguo y tradicional paso de uno a otro reino por este extremo de nuestra frontera.

En este aspecto de los caminos, San Sebastián ha sido extremoso siempre. No sólo con relación a la provincia de la que actualmente cía de camino real. San Sebastián no fue nunca, en antiguos tiempos, una villa o ciudad de paso al filo de una gran ruta, sino un pueblo que quedaba de lado, al margen de la ruta real.

A San Sebastián o se venía expresamente o no se venía nunca. Tan sólo cuando se hizo la desviación de Andoain a las Ventas de Irún, pasando por Lasarte, el Antiguo y Rentería, San Sebastián ciudad vio pasar por el centro de su jurisdicción municipal, rozando sus muros —es decir, sus murallas, porque aún en 1850 éstas existían—, la que hoy, y desde entonces, llamamos carretera general.

Fue entonces cuando La Herrera, que durante siglos fue no sólo un nombre, sino un término, en la red de caminos donostiarras, perdió su tradicional función y su fisonomía, para convertirse tan solo en eso, en nombre, en uno de esos nombres que perduran más que el hombre o el hecho o circunstancia que les dio el ser o el estar allí.

Hoy, La Herrera, si bien es cierto que ha perdido la razón de ser que durante siglos la hizo famosa —porque no deja de ser famoso el hecho de que un camino de tránsito se interrumpa por un brazo de mar—, ha evolucionado, y se ha convertido en un núcleo de población notable, hasta el punto de ser, de mero embarcadero que siempre fue, un centro suburbano de importancia y con fisonomía propia, distinto y singular por su aspecto y su topografía.

Ya no es, como antes, un lugar de término, sino un lugar de tránsito, que se alza al pie de Alza mismo, desde donde sube la empinada trocha o "aldapa" que le une con el elevado caserío de su núcleo rural, hoy incorporado a la capital. Hasta su propia iglesia de San Luis está vinculada al camino, toda vez que su erección fue debida a un penoso y mortal accidente de tráfico, precisametne en los albores del automovilismo. No obstante su moderna configuración y su función moderna, aquel recodo del camino que lleva a Francia evoca en nuestra imaginación, o sea, en la imaginación de quienes conocen y sienten la historia de los lugares donostiarras antiguos, la época, ya remota, en que La Herrera constituía un lugar estratégico en las vías de comunicación y tránsito por la singularidad de su circunstancia. Allí hubo de apearse nada menos, que el emperador en su viaje a Francia y a sus estados de Flandes, para atravesar aquel brazo de mar que, adentrándose tierra adentro —y perdón por la redundancia—, si constituía, por una parte, un embarazo en los transportes, brindaba uno de los paisajes más pintorescos de la tierra, que tanto habría de admirar Víctor Hugo, y tanto es de admirar, bien que menoscabado y adulterado, en nuestros propios días.

20 Junio de 1963

Mercader, Chipres, Larrachao (en el fondo de un barranco), Tomasene, Arnaobidao y tantas otras por el estilo.

La mayor parte de estos solares, han dado hombres ilustres y esforzados a la patria desde los más remotos tiempos. En testimonio de ello y de su mucha antigüedad, muchas de estas casas solares tienen —o tuvieron—, sendos escudos que desde el centro de sus fachadas proclamaban —o proclaman todavía—, la nobleza del solar, en primer término, la alcurnia del linaje luego y, en fin, las nobles y arraigadas hazañas de sus hijos.

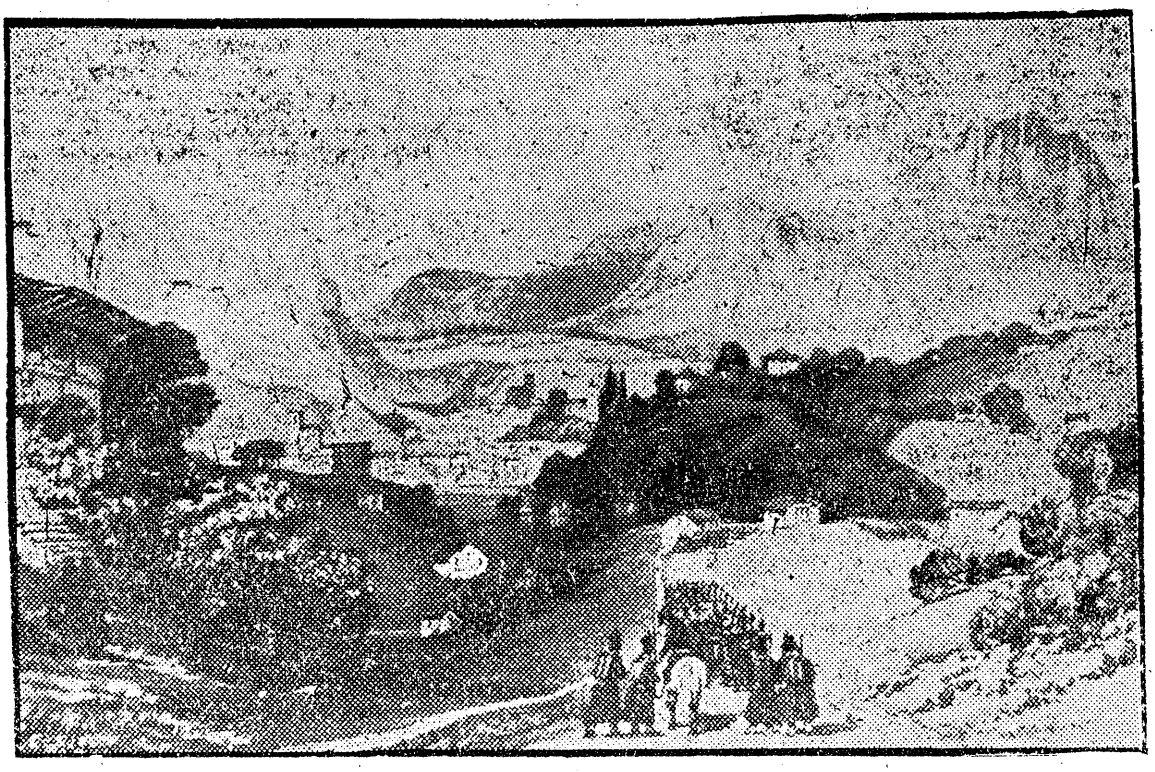
Los de Casares y los de Arriaga, por ejemplo, estuvieron, según los genealogistas, certificados por los reyes de armas y refrendados por nuestro Erzaso, nada menos que en la batalla de las Navas de Tolosa. De los Arzac tenemos noticias aún más antiguas, puesto que parece ser se hallaron en la batalla de Valpierre, cerca de Nájera, en 958, donde el rey de Navarra García Sánchez y el conde de Fernán-González. Tampoco es de silenciar a los Carro, de cuya casa solar fué el capitán Miguel de Carro, valiente soldado que llevó a cabo grandes hazañas en el Real Servicio, particularmente, según afirma Isasti, en la batalla de don Bernardino de Mendoza, capitán general de las galeras de España, contra el turco Caramarai, a la cabeza de cuya Armada, después de haber saqueado a Gibraltar, fue vencido y preso en 1540. Fué a expensas de este capitán de la casa de Carro que se hizo el sagrario de la antigua iglesia de Alza, en el que su nombre estaba escrito con letras de oro.

La Artiga de Alza es exactamente igual en todo y por todo a lo que fué, respecto al San Sebastián común a entrambas, la Artiga del Antiguo. Me atrevería a decir que ambas Artigas, separadas por la vaguada del Urumea, son una misma cosa, aunque cada una de ellas, en razón de las distancias, con su monasterio, parroquia, ermita u oratorio propios. De entrambas Artigas vinieron al interior de los muros del naciente burgo donostiarra sus mejores, más antiguas y arraigadas familias, las que constituyeron en la villa de San Sebastián el que pudiéramos llamar "patriciado donostiarra", su más auténtica, rancia y autóctona nobleza solariega. Ellas constituyeron, frente al núcleo privilegiado de los gascones y a la masa más o menos anónima de la población, el elemento básico y directivo de la reciente villa que tanto auge iba a adquirir, y adquirió en breve, al amparo de su castillo y de sus propias murallas (propias porque fueron construídas por ella misma) y al tenor de su famoso Fuero de Repoblación.

Alza es uno de los más bellos términos o distritos de la jurisdicción municipal donostiarra —todo cuanto se haga por Alza y por los de Alza está justificadísimo. Los de Alza son hermanos nuestros, tan donostiarras como nosotros mismos, los hijos de la calle o de los barrios más próximos a nuestra ciudad. Frente a quienes acentúan la nota diferencial entre los donostiarras por barrios y parroquias, como si unos fueran más donostiarras o mejores que otros por el hecho de haberse cristianado en una o en otra pila bautismal, yo quiero acentuar la nota de unidad donostiarra, pues el progreso y la belleza de nuestra ciudad no es ni ha sido nunca obra ni patrimonio de unos cuantos, sino de todos los donostiarras, koshkeros y no koshkeros.

Los antiguos solares alzatarras (algunos de ellos milenarios) y sus hijos ilustres, son tan gala y ornato de San Sebastián como los primeros. Alza no está "unido" a nuestra ciudad, y muchísimo menos "anexionado", como tantas veces lo hemos oído y hasta leído en letras de molde y de las otras. Alza es tan San Sebastián como San Sebastián mismo, si vale la paradoja y nos es lícito y permitido identificar las partes, con el todo.

JOSE MARIA DONOSTY.



Pintoresca y poética perspectiva de Alza, dibujada por Wilkinson en 1836. En primer término, una patrulla de la Legión inglesa en el punto llamado de la Herrera.

LA VOZ DE ESP